

# El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVIII. MADRID 23 ABRIL 1898. NÚM. 17

## EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

#### PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

### ¡GUERRA!

Los Estados Unidos, nación formada con bandoleros de todas las demás, nos la ha declarado.

España ha respondido al reto, como es en ella tradicional costumbre; y cual dije hace días, quedará bien aunque todo nos resulte mal.

Pues, para honra de sus hijos, no cabe siquiera dirigirles esta orden del día de Nelson á los ingleses al comenzar la batalla de Trafalgar: «Inglaterra espera que todos cumplan con su deber.»

Los que van á pelear por nuestra honra, soldados, marinos y pueblo, se ofenderían si se les dijese otra cosa que esta:

«España sabe que todos cumplirán con su deber.»

### ¡RECURSOS!

Salgan de donde estén.

Decrétese el servicio militar obligatorio, y que los millares de seminaristas y frailes eximidos del servicio (8.000 próximamente al año) ingresen en filas.

Ciérrense pronto las suscripciones, que apenas producirán para sostener el ejército una semana.

A los accionistas del Banco impóngaseles de contribución la mitad del valor de las acciones que poseen. Bastantes dividendos gigantes han cobrado mientras al infeliz labrador se le han vendido sus fincas.

Y extiéndase la medida á todos los accionistas de todas las empresas privilegiadas.

Y que los tenedores de papel paguen siquiera un 25 por ciento de contribución. No se arruinarán, ni aun con la baja que el papel ha sufrido, pues hartos han cobrado de intereses mientras todo aquí se arruinaba.

Y que el clero viva de su oficio y no del presupuesto.

Y, en fin, que se pongan en práctica todas las ideas que ha pocos días apunté.

Hay que tener pan en abundancia para que no decaigan las fuerzas de los españoles ansiosos de alojar plomo en los vientres de esos miserables que nos han declarado la guerra.

Y ya que estos días nos desgañitamos gritando: ¡viva el ejército! ¡viva la marina! ¡viva el pueblo!, démosles los medios de

que vivan; que de lo demás ya se encargarán ellos.

En la seguridad de que vencedores, darán gloria á España; vencidos, honra.

### ¡AL CORSO!

¿Oís? Dominando el ruido del viento y del oleaje, se alza la voz del coraje en espantoso rujido.

Es la madre á quien se infama y valerosa contesta

y á la venganza se apresta y vuestro esfuerzo reclama.

En él con razón confía, que no hay coloso que espante á quien en lucha constante vive con la mar bravía.

Navegantes españoles que con ganados laureles sabéis de vuestros bajeles abarrotar los pañoles;

Los que el huracán respeta porque su furia arrostrásteis hasta que arrancar lográsteis sus secretos al planeta;

Los que en el tráfico honroso que á la nación enriquece, poco arriesgar les parece la ventura del reposo;

Acudid: la patria ahora os brinda dignas empresas; para la codicia hay presas, honor para quien la adora.

¡Al corso! de eso se trata: oponer es necesario la bravura del corsario á la traición del pirata.

Que en el mar de sangre rojo sienta el norteamericano cómo responde el hispano con el despojo al despojo.

¿Con el despojo? ¡No tall! El botín de la victoria que da al par provecho y gloria no es el hurto criminal.

Y allí, en las movibles olas que, acaso de orgullo henchidas gimen al mirarse hendidas por las quillas españolas,

Frente á frente, cara á cara, á vuestro empuje brioso caerá el pabellón odioso que latrocinios ampara.

Al corso, pues, los valientes contra esa nación traidora; que de él y de honor ahora España brinda patentes.

### EL PRIMER CAÑONAZO

Ya estamos en guerra.

No hay que hablar hoy de las causas que la han traído ni de los hombres que habríanla á tiempo evitado. Día vendrá en que esto se analice, y al analizar se execre, y al execrar se exijan las responsabilidades. Ahora no debemos volver la cabeza para que los ojos contemplen lo que de sí dieron imprevisiones funestas, errores voluntarios, soberbias injustificadas, miserias de una política estrecha é influjo de doctrinas mal traducidas al pretender ave-

nirlas con nuestros hábitos y con nuestra naturaleza; esto se queda para después de la pelea, cuando con sereno juicio, ya abatidos por la adversidad, ya impulsados por la victoria, comencemos á vigorizar y engrandecer la patria destruyendo los gérmenes de la triste situación que en estos instantes atravesamos.

Ahora la mirada se dirige al frente, á donde se ha situado el enemigo, arrogante, en actitud francamente ofensiva, alentada su codicia y estimuladas sus ansias detentadoras por años y años de cautelosa preparación y la conciencia de que ha reservado para su triunfo hierro y oro en cantidad precisa.

Llegó el momento supremo: el ataque ha dejado de ser insidioso para convertirse en brutal.

¡Ah, patria mía! Jamás sufriste ofensa tan descarada.

Llantos, duelos, horrores y miseria trae la guerra; el dolor es su nacimiento y la mutilación con el despojo su término. Pero la guerra, cuya alma es el odio, enardece y provoca fiebre altísima; atormenta las sensibilidades de la carne, pero el desvarío que acarrea la calentura suprime el grito lastimero para que surja el aullido de rabia.

¡Adelante! España reconcentrará sus vigores eternos; hará afluir toda la sangre á su corazón; y en vez de escuchar el fragoroso estruendo del cañón enemigo, sentirá zumbir en sus sienes con golpes violentos la circulación de su sangre activada por la idea del honor.

¡A la guerra! Podremos ser vencidos, pero nunca degradados. ¡A la guerra! Si la grandeza eterna del pueblo español se cimentó sobre la indiferencia al bien terreno y el desprecio á la vida, ahora no puede preocuparnos el envite indigno de un pueblo que no sabe lo que es patria ni jamás pudo probar el valor y el heroísmo.

LUIS ASEJO

### CON QUIEN LA TRAIGA

Muchos republicanos revolucionarios han lanzado la candidatura de Castelar para jefe de la República en puerta.

Allá por Marzo de 1896 aludí á esto por primera vez, y en 17 de Julio del año siguiente pregunté á los republicanos, si aceptarían, apoyarían y defenderían una República traída por elementos conservadores, monárquicos algunos.

¿Porqué lo hice? Porque veía impotentes á nuestros hombres para traerla, y hasta con escasas aptitudes para conservarla si el azar la hubiese puesto en sus manos.

No estará demás reproducir ahora parte de aquel artículo, para que se vea con cuanta anticipación preveí la marcha de los sucesos. Decía yo en el número 29 del año 97:

«La república puede traerla Castelar, en connivencia con los monárquicos, el día que éstos no tengan medios de sostener la monarquía.

¿Cómo justificarían el acto? Afirmando que la monarquía era impotente para salvar la patria, y que la patria estaba sobre la forma de gobierno.

¿Qué objeto perseguirían los monárquicos al traer la república? El de impedir que la revolución estallase, y pasar sin violencia de un régimen á otro.

Lo que veo, lo que oigo, y algunos hechos, me afirman en la idea de que las corrientes van por ahí. Y yo pregunto á la prensa republicana y á todos mis correligionarios:

Si ese caso llega ¿cuál debe ser la actitud de los que siempre fuimos republicanos?

La respuesta á esta pregunta podría muy bien ser decisiva para los destinos de la nación por lo que influiría en los planes de los monárquicos, ya obligándoles á ensancharlos, ya á acelerar su ejecución, ya á retardarla.

Concretando, y con más claridad:



¿Debemos apoyar la República, traigala quien la traiga, y sea como sea, ó anticiparnos á restablecerla los que no hemos dejado de ser republicanos? Opino por lo último.

Más si no la traemos, y los monárquicos se nos adelantan ¿qué hacer? ¿Nos ponemos á su lado desde luego, ó nos mantenemos apartados? ¿Continuamos en nuestra digna, pero ineficaz intransigencia, ó procuramos colocarnos dentro de República en el puesto que de derecho nos pertenece, para influir desde él en su marcha?

¿Qué tenemos por mejor, dejarles la República á los monárquicos para que la mistifiquen ó la deshoren, ó entrar en ella desde el primer instante para empujarla por el camino de las reformas que la nación necesita si ha de curarse de las heridas que la monarquía le ha hecho?

¿Sería lógico, después de haber sufrido á la monarquía cerca de un cuarto de siglo á sabiendas de que no había de concedernos lo que anhelamos, que nos sublevásemos en los primeros días de una República que nos dejara espositos todos los caminos?

¿Podemos en justicia negarle á la República lo que el mayor número de nosotros ha concedido á la monarquía, nuestra actitud expectante, nuestra censura pasiva, merced á lo cual ha podido envanecerse de que ha conservado el orden en España?

Duro, durísimo es, y hasta depresivo para nuestra dignidad, haber esperado tantos años, para encontrarnos con una República que no responda á lo que hemos defendido y anhelado; pero ¿de quién es la culpa? ¿no es nuestra acaso? Si hubiera que exigir responsabilidades por ello, á nosotros, y sólo á nosotros se exigirían.

Y si las cosas han llegado al estado en que se encuentran sin haberlo sabido nosotros evitar, ¿qué nos incumbe hacer si llegan á su término sin poder nosotros impedirlo?

Entre vivir bajo una monarquía que nos limita la acción para avanzar, por ser *inamovible é irresponsable*, ó vivir bajo una República que nos la deje libre, por ser *amovible y responsable* todos sus poderes, ¿qué resolución adoptamos? ¿Cabe preferir lo malo á lo mediano por no poder llegar de un salto á lo bueno?

Someto estos puntos al imparcial criterio de los republicanos importantes y de la prensa del partido, por creer que en los actuales momentos, cuando se juega la suerte de la patria, y de la libertad, y hasta pudiera llegarse á poner en tela de juicio nuestra aptitud para continuar existiendo como nación, todos tenemos el honrado deber de hablar alto y claro.»

Contestaron algunos correligionarios, pocos, decidiéndose por la afirmativa, y muchos más me dieron su conformidad de palabra: la cobardía es el signo característico de nuestra época. Seguí trabajando por la fusión, mi empeño constante; se hizo á medias, y resultó enteca; los hombres que se pusieron á su frente no han dado luego pruebas de tacto ni de abnegación siquiera; se adhirieron únicamente á aquel movimiento de opinión para salir del retraimiento electoral que habían acordado al pactar la Unión republicana.

Y por esta razón muchos republicanos, cansados ya de flaquezas personales y de mixtificaciones políticas, han vuelto los ojos á Castelar y á la dictadura. No creen que la República puedan traerla, ni la fusión, ni el partido federal, ni el progresista unidos, y menos separados; que sólo puede venir por los militares ó por Castelar, ó por ambos elementos á la vez, y á ellos vuelven los ojos. Si los hombres que hasta hoy han venido monopolizando la opinión republicana intentaran algo práctico, viril y patriótico, aún podrían arrastrar las masas, que miran al campo contrario únicamente porque nada ven en el suyo. Inténtenlo y se convencerán.

Más si nada hacen ó nada pueden hacer; si sus buenos deseos se estrellan ante la realidad; si los errores que han cometido les cierran todo camino, ¿por qué no tienen un arranque digno, honrado, y se ofrecen á ayudar á quienes están en condiciones de traer la República, sea como fuese ella y sean quienes fueren ellos, ya que para la mayoría de los republicanos lo absolutamente indispensable ahora es tener República, sea como fuere?

Mi ideal, como el de tantos otros, sería éste: una República traída exclusivamente por el pueblo, y que en unos cuantos días hiciese ta-

bla rasa de muchas instituciones, de muchas leyes y de muchas personas.

Pero si por deficiencias de nuestros directores ó por cobardía nuestra es imposible hoy traerla ¿vamos á preferir la continuación de la monarquía á una República que podamos impulsar hacia los derroteros que conducen á la salvación de España? Sería una insensatez tan grande como la del que, por empeñarse en comer lo que no tenía en determinados momentos medios de adquirir, se dejase morir de hambre antes que aceptar una alimentación menos selecta, pero que le permitiera aguardar hasta que su propio esfuerzo ó la fortuna le proporcionasen la vianda apetecida.

En suma y hablando con entera claridad. ¿Es la presente hora propia para mantener intransigencias suicidas? ¿No tienen hoy los hombres políticos misión más alta que la de rendir culto á consecuencias estériles, continuar abrigando odios infecundos, cuidándose cada uno de su personalidad con preferencia al interés de todos?

Mediten sobre esto, eleven los corazones, y atrevanse á decir como yo digo:

«Porque venga la República transijo con todos; apoyaré resueltamente á quien la traiga, y continuaré dentro de ella trabajando por la realización de mi ideal.»

Que, como digeran todos esto, la República vendría pronto.

### ¡PÁNICO EN LA BOLSA!

Cada vez que leo esta frase, me regocijo; no por la ocasión en que se lanza ni por la causa que obliga á lanzarla, sino por los tenebres de papel.

Durante la restauración se ha sacrificado al país por mantener el alza en los valores públicos, arruinándolo, pulverizándolo...

La Hacienda ha sido una especie de doña Baldomera, contrayendo trampas nuevas para pagar los intereses de la Deuda. Se decía que en eso estribaba el crédito de la nación, cuando sólo servía para perderlo más y más.

La catástrofe ha llegado, y la pobre España no levantará cabeza hasta que en las tiendas de ultramarinos envuelvan en títulos de la Deuda el arroz, el bacalao y los garbanzos.

No será entonces la nación quien pierda, sino los que han venido contribuyendo con su dinero á sostener la farsa inmoral de un crédito ficticio.

Verdad es que no perderán tampoco mucho. En los años que han venido cobrando puntualmente los intereses mientras la miseria se enseñoreaba de la nación, se han resarcido con creces del capital empleado en el papel, y obtenido regular ganancia todavía.

Déjense de pagar esos intereses, y tendremos 500 millones más de pesetas para los gastos de la guerra.

### LA DICTADURA MILITAR

Vamos á suponer que siempre y en todas las circunstancias, sea un mal la dictadura. ¿Quién habría tenido la culpa de que ese mal viniese? Los republicanos que hoy se niegan á aceptarla, sin haber hecho nada para impedir que se haya impuesto la necesidad de establecerla.

Llevamos 25 años ¡que son años!, sufriendo la dictadura de dos hombres civiles, dura en unos periodos y suave en otros, pero corruptora é inmoral en ambos, para encontrarnos hoy con dos guerras coloniales y una extranjera, amén de la carlista que han alentado.

En todo ese tiempo, los que hoy hacen asco á la dictadura militar han desorganizado y esparcido á los cuatro vientos el partido republicano, viviendo ellos en el mejor de los mundos posibles y con una tranquilidad tan perfecta, que han podido dedicarse á aumentar su fortuna los unos y los otros á seguir los impulsos artísticos ó literarios que sentían, habiendo hecho á la monarquía la oposición extrictamente indis-

pensable para que siguiéramos creyendo que no habían dejado de ser republicanos.

En tanto la masa, la muchedumbre, el partido en suma, ha ido perdiendo fe, esperanzas y energías, hasta el punto de que consideramos hoy como un ejemplar raro y por lo tanto admirable de la especie, al republicano que habla con convicción, con fuego, y está pronto á hacer el sacrificio de lo que le resta, que no es mucho ya, de bienestar ó de reposo.

Y en este estado las cosas, sin horizontes despejados, sin confianza en los hombres que han ido matando con perseverancia criminal la inmensa que en ellos se tenía, ¿cómo extrañar que la palabra dictadura sea acogida con júbilo por muchos que, en su cualidad de demócratas, deberían anatematizarla y proscribirla?

¿Por qué todo esto? Porque les asusta, como á mí me ocurre, la idea de que la República padiese caer en manos de hombres irresolutos, pácatos, incapaces de hacer en un momento dado tabla rasa de todas las leyes si la salud de la patria lo exigía; porque no olvidan que se les entregó una República con todos los sacramentos democráticos, y la convirtieron en dictadura pobre, risible, enteca; porque han visto después que ninguno ha logrado sustraerse á las miserias de entonces, ni demostrado que tiene deseos de borrar con actos varoniles sus desaciertos femeninos.

¿Que la dictadura, dicen, traería el predominio del militarismo y las perturbaciones consiguientes? Ciertamente. ¿Pero es que acaso lo evitaría una República de filósofos y catedráticos meticulosos? ¿Evitaron acaso en plena democracia que Pavía los barrera y Martínez Campos los anulase? ¿Qué garantías ofrece la democracia practicada y defendida como ellos lo hicieron?

Por otra parte, ¿es que no vamos á sembrar por miedo á los gorriones? ¿Desconfiamos tanto de las ideas que defendemos y las consideramos tan falsas ó deleznable que no puedan resistir un eclipse sin que su luz se pierda? ¿O es que nos juzgamos tan débiles y con tan poco arraigo en la opinión, que no podemos llegar del brazo de la dictadura á implantar la República y salvarla destrozando á sus enemigos?

Los tiempos que se aproximan van á ser duros, terribles... El mundo viejo hará el postrer esfuerzo para tumbar al nuevo. Desde hace años estamos en guerra, y en guerra sin cuartel: la guerra entre el pasado y el presente. No podemos por nuestro propio esfuerzo salir triunfantes, ¿y vamos á preguntar, como el gallego del cuento al arriero que lo montó por caridad en el burro, «¿cuánto voy ganando?» á los militares que se presten á traernos la República?..

¡Oh respetables prohombres republicanos, enamorados de palabras que no habéis sabido traducir en leyes en el poder, ni rehabilitar con vuestro sacrificio en la oposición! ¡Oh sabios que ninguna verdad nueva habéis aportado á la ciencia ni logrado hacer asequibles á la multitud las antiguas! ¡Oh elocuentísimos oradores que no trasponéis la frontera en alas de la fama, y que ni siquiera habéis aflojado con vuestros sublimes discursos un tornillo de la máquina monárquica! Yo os admiro. Mas como esto no basta para traer la República, que es de lo que se trata ahora, yo prefiero á todos vosotros un sable que corte mucho para librarlos del carlismo que no conseguisteis vencer y pulverizar en 1873.

Indudablemente sería mejor, y yo lo preferiría, constituir un gobierno de conocidos demócratas, enérgicos para imponerse, políticos para organizar, hombres de Estado para preveer y valerosos para combatir.

Pero ¿dónde está el gato? ¿dónde la pastora?

### EL MANIFIESTO DE ESE...

Otra vez don Carlos ha vuelto á meter... su cuarto á espadas, publicando un manifiesto donde considera á todos los españoles carlistas y desmemoriados.

Dice en él que ni es ambicioso ni conspirador. Que no es ambicioso harto lo demuestra el que, sólo



por ambición ha sostenido una guerra civil, tan sangrienta ó más que la de Cuba, con episodios como los de Cuenca, Sagunto, Ripoll, Berga, Mataró y cien más de que guardará la patria eterna y triste memoria.

Que no es conspirador lo prueba ese mismo manifiesto en que dice á los suyos: «Esperad, hasta que os diga, ¡adelante!» haciéndose la ilusión de que va á empujar al pueblo y al ejército, cual si el pueblo y el ejército no tuvieran memoria ni entendimiento.

Sin la guerra civil pasada, aun podría don Carlos ó cualquiera de los suyos tomar en boca la palabra patriotismo; después de los horrores que en ella cometieron, sin respetar vidas, haciendas, ni honor, fusilando y mutilando carabineros, soldados y voluntarios por compañías enteras, resulta burla sangrienta el que pronuncien esa palabra.

Habla de aplicar cañones cargados de metralla á los que retrocedan ante los yankees, él, el cobarde que huyó como una liebre al sentir el primer disparo en Oroquieta. ¡Cuánto cinismo!

Por amor á la humanidad, por respeto á la historia, que no vuelva don Carlos á pensar, ni menos á promover una nueva guerra civil en España, pues sería mucho más criminal que la que Máximo Gómez sostiene en Cuba.

A TONIO GARIJO

Toledo, Abril 98.

### UN LOCO HACE CIENTO

El Sr. Pi se indigna contra los que nos hemos comprometido á aceptar y defender la dictadura del general que se atreve á regalarnos la República que no hemos podido traer en veinticinco años. Lo esperaba, pero no el que tratase de locos á cuantos acogemos la idea, ni menos que añadiese: «La última de las vergüenzas sería para nosotros la dictadura militar».

Aventurado es calificar de la última á ninguna de las vergüenzas que puedan sobrevenirle á un partido cuyos directores le han hecho devorar tantas, empezando por la de no entenderse en el poder, salir de las Cortes como la historia consigna, no haber en cinco lustros rescatado lo perdido y estar hoy casi tan divididos como la noche aquella en que Pavía los barrió. Pero, en fin, suponiendo que realmente fuese la última, sírvanos de consuelo el saber que ya encontrará don Francisco recursos para no sonrojarse. En el folleto que publicó en Marzo de 1874 para vindicarse de las acusaciones (casi todas de traición), que sus correligionarios le hacían, se expresaba de este modo:

«El triunfo del carlismo, como el del alfonsismo, serían para los liberales una calamidad y también una vergüenza. ¿Debemos permanecer tranquilos ante estas dos amenazas?»

«No imitemos á los pueblos que ante la vista del enemigo tiran con desdén sus armas; tomémoslas y exijámoslas para defensa de la patria. Blandámoslas contra todo el que intente volvernos á tiempos que pasaron, bien sean los de la monarquía constitucional, bien los de la monarquía absoluta.»

Y á pesar de tan honrada convicción y tan bélicos propósitos, el señor Pi ha venido soporlando hasta hoy la vergüenza del alfonsismo con resignación verdaderamente cristiana, sin tomar ni blandir las armas, dedicándose tranquilamente á estudios literarios en las horas que le ha dejado libres la noble tarea de perturbar, no á los alfonsinos, sino á los republicanos, especialmente á los de su fracción. Esto indica que no debe preocuparnos gran cosa el sufrir la vergüenza de la dictadura militar, cuando un hombre de la talla y el honor político de Pi ha devorado y devora la de la restauración sin grandes inquietudes ni exceso de rubor en las mejillas.

«Antes que republicanos, continúa, somos demócratas, y la democracia está reñida con la dictadura.»

Sí, realmente no andan muy bien, pero en ocasiones se necesitan una á otra y hasta se complementan. Por esto sin duda el señor Pi pudo sin muchos escrúpulos ponerlas al unísono en 1873. Oigámosle:

«Había pedido á las Cortes, y las Cortes me habían concedido, autorización para tomar medidas extraordinarias donde quiera que lo exigiesen las necesidades de la guerra; las tomé sin perder tiempo. Previne desde luego á los gobernadores de las pro-

vincias que no consintieran que en ningún periódico se siguiese dando el escándalo de defender la causa de D. Carlos y hacer por él llamamientos á las armas. Mandé que se destituyeran todos los Ayuntamientos carlistas; ordené la persecución de todas las juntas y aun de los individuos, clérigos ó seglares, que ayudasen á las facciones, reclutándoles gente, proporcionándoles fusiles ó dinero. Dispuse en las comarcas invadidas ya por los carlistas, se impusiera á los que marcadamente estuviesen por ellos, principalmente á los que se hubiesen prestado á pagarles tributos, una contribución de guerra.»

Apuradillo ha de verse, si viene, ¡así fuera mañana! el dictador militar, para ir más allá que el demócrata señor Pi en este punto. No, no se le puede echar en cara el que anduviese con repulgos. Y si esto hizo en treinta y tantos días, calcúlese á dónde habría llegado al medio año de ejercer la dictadura, si no miente el dicho de que la práctica hace maestros. Porque aptitudes para ello ya vemos bien que las tenía. ¡Ni que hubiera nacido para dictador! Se objetará que estábamos en guerra, y que á grandes males grandes remedios. Convenido; pero en este caso, hay que pasar por lo de la dictadura militar: precisamente la deseamos y la apoyamos para eso, para evitar que el carlismo resucite la guerra. Mas no haya cuestión por pequeñeces; un arreglo; así nadie creerá que amamos la dictadura por la dictadura misma. Traiganos la República el señor Pi y no volveremos á pensar en ningún militar.

Refiriéndose al Ejército, dice:

«Suyo, exclusivamente suyo es el mando de las colonias; hacen en ellas oficio de reyes y cobran disparatados sueldos. ¿Habríamos de ir ahora nosotros á que fuesen dueños y señores, no sólo de las colonias, sino también de la Península?»

Siento recordarle al señor Pi, que siendo él presidente del Poder ejecutivo nos enseñó, y con el ejemplo, que los militares son los dueños y señores, tolerando que el ministro de la Guerra se le impusiese de una manera despótica y brutal. Aquello sí que fué vergüenza, no sólo para el político, sino para el jefe del Estado y el de partido, y hasta para el hombre. Cuando él quiera seguiremos hablando de esto. Ahora le cedo el turno:

«Por el imperio de la ley estaremos siempre dispuestos á luchar, no por el de la espada.»

¿Por qué lo habrá tenido tan callado? Le habríamos cogido la palabra y suplicado que nos condujese á la lucha, y con seguridad al triunfo. Prudencia y modestia como las suyas, no las hay. Llevamos veinticuatro años de restauración; durante ellos ha estado casi siempre la ley velada y escarnecida; y todo por no haber sabido hasta hoy que el Sr. Pi estaba dispuesto á la lucha. ¡De lo que depende á veces la suerte de una nación! Lo malo es que no sé cómo va el Sr. Pi á compaginar eso que dice con esto que dijo:

«No hay derecho para rebelarse contra gobierno alguno mientras no estén cerradas á las ideas las puertas de los comicios, las de la prensa ni las de la tribuna.»

Como hoy todo eso está de par en par, claro es que no puede el Sr. Pi rebelarse contra la monarquía sin ponerse en contradicción. ¡Vaya un conflicto! Pero á bien que tiene talento, y saldrá airoso de él como ha salido de otros. Armonizar las contradicciones más estupendas fué siempre su especialidad.

Y ahora, para ver si el Sr. Pi se apiada de mi locura, voy á revelarle en confianza desde cuándo soy partidario de la dictadura; desde que leí en su folleto:

«Por cada hombre leal, he encontrado diez traidores; por cada hombre agradecido, cien ingratos; por cada hombre desinteresado y patriota, ciento que no buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos.»

«Van siempre á los partidos extremos las más insensatas ambiciones, y éstas, casi nunca satisfechas, agitan y revuelven sin cesar las muchedumbres.»

Al acabar de leer esos renglones, no pude por menos de exclamar:

«¡Entre valiente pillería me he metido! ¡Va-

ya unos correligionarios presidiables!... El que no es ingrato es traidor, y el que no es ambicioso va á satisfacer apetitos. ¡Y en qué proporción están los malos y los canallas! En la de ciento por cada uno de los buenos y dignos... ¡Oh, y cuando un hombre tan serio, tan respetable y concienzudo como el Sr. Pi lo dice!... ¿Y qué hago ahora? ¿Pasarme á la monarquía? No, que sería indigno. ¿Trabajar porque se restablezca la República con la gente esa? No, que iban á matar á disgustos al Sr. Pi y á deshonrarnos á todos. ¿Pero cómo diablos se arregla esto? Y dime á pensar, y al cabo de unos días brotó en mi cerebro luminosa, radiante, la palabra dictadura. «Ella sola, me dije, podrá meter en cintura á la horda de perdidos que forman el partido republicano, según afirmación clara y terminante del honrado é imparcial Sr. Pi.»

Dada esta explicación, apelo á la rectitud y caballerosidad del señor Pi para que, después de apiadarse, se digne rectificar, por la modesta parte que me corresponde, el calificativo de locos que ha arrojado sobre cuantos pedimos la dictadura; á menos que, teniendo en cuenta que sus declaraciones me han precipitado en ella, se haga justicia á sí mismo y exclame con el enérgico acento de las convicciones profundas:

Un loco hace ciento.

JOSÉ NAKENS

### UN BUEN IMPUESTO

Hay en la iglesia de San Luis un Cristo, llamado de la Fe, á quien se atribuye la virtud de otorgar las mercedes que se le piden mediante un sistema de oración parecido al que se tiene para administrar los venenos.

Hay que acudir á dicha iglesia cuarenta días consecutivos, y rezar ante la imagen una serie de credos que empieza por cuarenta, disminuyendo uno cada día hasta acabar en punta como pirámide, es decir, en un credo, ó bien se puede empezar por uno y concluir por cuarenta, á elección ó conveniencia del postulante.

Un amigo que ha tenido la paciencia de contar durante varios días las personas que practican esta devoción, nos asegura que pueden calcularse en unas trescientas las que por término medio acuden diariamente á hacer sus peticiones al Cristo de la Fe.

Ahora bien; cada una de éstas deja al marcharse su óbolo en el cepillo, que no podía faltar al lado de imagen tan visitada; de donde resulta por ese sólo concepto, en esa sola capilla de esa iglesia, un rendimiento para la misma de ciento cincuenta pesetas diarias, calculando por lo bajo.

Pues si á esto se acumulan lo que otras capillas y otras imágenes de otras iglesias producen en Madrid, puede asegurarse que un impuesto moderado sobre estas interesadas prácticas religiosas, produciría exorbitantes rendimientos diarios al Tesoro nacional.

Yo lanzo la idea porque no puedo ponerla en práctica por el momento. Si hay ministro que la recoja, no será flojo el servicio que puede prestar á la Hacienda española.

### EL FEDERALISMO Y LA PATRIA

Duéleme que la única nota discordante en el patriótico concierto ante la vil agresión de un pueblo extraño, haya salido del exíguo grupo de aquellos correligionarios míos que pretenden representar la pureza de las ideas democráticas, manteniendo todas las exageraciones á que el ardor de la lucha ó la necesidad de la defensa pudo llevar más ó menos conscientemente á los federales españoles.

Y no me duele por mí, que libre y dueño de mi independencia, puedo hacer de mi capa un sayo y defender á todas horas mis opiniones para que no se me confunda con quien no quiero ser confundido; no me duele por la mayoría de los correligionarios, vueltos á la razón y al



sentido político hace tiempo; ni por España, á quien importa poco la actitud de unos cuantos insignificantes; me duele por ellos mismos, que al fin he de quererlos como antiguos compañeros y sentir lo que en su daño venga. Pero esto no ha de ser obstáculo para decirles la verdad.

Y la verdad es que en los días de mi vida, ni en los de la historia, si la que conozco es verdadera, he visto aberración más monstruosa que la de esos pocos federales que no considerando á la patria sino como un nombre vacío, echan en cara á los españoles sus vencimientos en las luchas con extraños, derrotas todas en que el honor y el valor quedaron tan altos como en los triunfos más preclaros, para concluir, como cierto periódico catalán, que ningún ultraje puede ya deshonrarnos.

Esto es una vergüenza. Si yo tuviera tan en poco el honor de España y de los españoles, habría huído de esta tierra y no tendría valor para echarle en cara su deshonra. Y como esto no puede ser, conviene que los federales vayamos poniendo las cosas en claro.

Si se hubiera empezado por ahí, diciendo que el federalismo era la negación de la patria, los federales españoles hubiéramos tomado otro nombre. Porque jamás pensamos que á eso llevara el reconocer á las entidades colectivas sus innegables derechos, y si á eso condujera lógicamente, habríamos desde luego renunciado á ideas tan absurdas. Porque ante todo y sobre todo, los federales afirmábamos siempre la idea de patria, sin pensar que con este espejuelo se nos quisiera conducir á donde después de todo no hubiéramos permanecido ni un instante, una vez conocido el engaño, como ahora sucede.

Porque la patria es algo sustantivo, real, que forma parte de nuestra vida y de nuestro ser, mientras la federación es una simple forma orgánica. Esta puede variarse ó modificarse; aquella no: sin federación puede vivir una nación cualquiera; sin patria no puede existir un pueblo. Yo sé lo que es mi patria; aunque no supiera decirlo, lo sentiría en mí y sería por ella impulsado en mis actos; mientras la forma de organización puede serme del todo desconocida. Y confieso que en este instante me vería perplejo para contestar á cualquiera que me preguntase: ¿qué es la federación? ¿Podría acaso decirlo sin contradecirse el que ha pasado por su definidor supremo?

Primero la federación era el pacto, en el cual las partes tenían libertad de pactar ó no pactar, con lo que podía darse el caso de que al intentar constituir sobre esa base la nacionalidad, cada provincia y aun cada ciudad echase por su lado sin que nadie pudiera decirles una palabra. Después ya no se habló del pacto, porque se dijo que, habiéndose reunido unos cuantos representantes del partido federal en Zaragoza, pactaron una constitución federal, y los que negaban validez y eficacia al pacto de las Cortes nacionales, lo concedieron al de los representantes de un grupo político, al que no sabemos por qué regla de tres se transfirió en aquel acto toda la soberanía de la nación.

Y luego... pero no es este lugar, ni hay espacio para tanto como puede hablarse del asunto.

Lo interesante ahora es que se quiere sobreponer la federación á la patria. No quiero suponer, aunque todo cabe, que sucede eso porque el agresor es un pueblo constituido federalmente; pero la verdad es que si la federación sirve para encubrir villanías como la de los Estados Unidos, esa federación modelo que tiene sometidos á viva fuerza y haciendo tascar el freno á los Estados del Sur, después de haber procedido como unos antropófagos con los pueblos rojas; si habíamos de llegar por la federación con que aquí aún sueñan algunos á parecernos á ese gran pueblo americano, que sólo es grande en sus depredaciones y en sus procaces vilezas, tendríamos que arrinconar las ideas federales al lado de las de los carlistas.

Nunca he creído que ser federal fuera ser enemigo de la patria; pero si al cabo de los años resulta así, y para ser buen federal es

preciso dejar de ser patriota, con la patria me quedo: que antes que federal soy español, como soy antes que nada hijo de mi madre. Podré renegar de ella, pero no por eso dejaré de ser mi madre y yo un infame si la abandono á los ultrajes ajenos.

Podremos renegar de la patria, maldecirla, contribuir á su deshonra; pero no por eso dejaremos de ser españoles, y unos ciudadanos indignos si la abandonamos á los ultrajes de sus enemigos sin dar por ella nuestra sangre.

UN FEDERAL.

## CONOZCO EL PAÑO

Y dice *Este cura*:

«Recordarán nuestros lectores que en la crónica del 7 de Marzo pasado, anunciábamos lo que iba á hacer el obispo de Madrid en la Cuaresma; todo lo cual consistía en predicar, cosa que no había hecho hasta aquí, corregir abusos y dar limosnas de comida y ropas á los pobres, mas algún socorro á los sacerdotes necesitados, en los viernes cuaresmales.

Pepe Nakens, al leer esto, creyó que nos habíamos querido guasear con el prelado tomándole el pelo episcopal, y hasta dijo en su periódico EL MOTIN, dirigiéndose al mitrado:

«¡Es gracioso! ¿Limosnas tú? Ni al diablo se le ocurre decir eso.»

A lo que nosotros replicamos, que no era guasa ni cosa parecida, sino verdad y muy verdad, según autorizados informes nuestros.

Mucho lo sentimos; pero nobleza obliga y aquí la obligación es declarar nuestro error. Lectores amables, perdón; hemos hecho una magnífica plancha. Nos han engañado. Un eclesiástico muy al corriente en interioridades palaciego-episcopales y conocedor profundo del P. Cos y Macho, nos ha asegurado lo que para humillación nuestra y brillo de la verdad, vamos á decir y es:

Que el obispo de Madrid no fué nunca generoso. Hijo de padres casi indigentes y plebeyos hasta la médula de los huesos, llegó á ser canónigo sin tener una peseta; pero cuando ascendió á obispo ya tenía su buena pacotilla, aunque no había ganado mucho dinero; y de cumplir con los cánones, no podía tener ahorros, porque debía dar á los pobres el sobrante de lo necesario á su sustento.

Que cuando dejó la mitra de Mondoñedo para ser arzobispo en Cuba ya era la pacotilla mayor, y cuando vino de Cuba á Madrid, podía llamarse rico, y bien rico.

En Madrid no ha hecho más que buscar medios de adquirir dinero dándose tal maña, que casi ha duplicado su capital, como saben su abogado, su agente de Bolsa y otros muchos.

Lo del regimiento de voluntarios no le costó un céntimo. Supo comprometer á los ricos, de modo que él nada suyo tuviese que poner.

Socorros á los sacerdotes pobres, ninguno; á las monjas é iglesias necesitadas, cero, ó moneda de la diócesis. Los fondos destinados por el Sr. Sancha á empezar las obras de la parroquia de San Miguel no se sabe dónde están, pero sí que esas obras no se realizan ahora ni nunca.

Y, por último, en esta Cuaresma ni en ninguna ha dado un céntimo á nadie; y los que fiados en nuestro anuncio han ido al palacio, han salido bufando como gatos escaldados, en vista de la acogida hostil que se les ha hecho.

Predicar, ni por pienso; los abusos, tan buenos, gracias.

Nos hemos lucido. Entre nosotros, católicos é inclinados á creer en la caridad del obispo aunque había dado no pocas muestras de egoísta, y Nakens, incrédulo, propenso á ver en el obispo, su enemigo, la tacañería que hasta los clérigos y los devotos le atribuyen, ha vencido Nakens. ¡Vence tantas veces en contiendas como esta! ¡Qué confusión para nosotros los creyentes! ¡Sirvanos de mérito el confesarlo con lealtad!»

EL MOTIN ha vencido porque conoce el paño, y porque además posee un secreto para juzgar á obispos, canónigos, frailes y demás gente ordinaria: aplicarles en todas ocasiones, ya que por ellos se inventó, el dicho vulgar de «piensa mal y acertará.» ¿Qué haría yo en este caso?, me pregunto. Y al contestarme, me digo: «pues precisamente lo contrario es lo que haría un señor de esos.» Y acierto siempre. Lo cual claramente indica que me decido por lo honrado, por noble, por lo digno...

## SERMON FACCIOSO

Párroco de Aldeadávila de la Rivera:

Me han dicho que un cura de esa tierra pronunció el Domingo de Ramos en la función de rogativa por España, el sermón siguiente:

Tema: «la desamortización eclesiástica causa de todas las calamidades de la Nación.»

Gentes que robaron lo que no era suyo para regalarlo por cuatro cuartos á bandidos de levita ¿qué tienen que hacer? Vivir del pillaje, pues todo es poco para alimentar sus vicios. Y en cambio, por si era poco, el que no fué autor en España fué cómplice de la muerte de los frailes, pues toda la nación tomó parte por aquel tiempo, unos matando frailes y otros aplaudiendo á los matadores: así ha salido la generación actual, que vive del pillaje y del robo; por eso tienen razón los cubanos en no consentir que se les robe más tiempo por todos, militares, empleados y cuantos españoles viven en Cuba, que no la tienen más que para robar, y así las fortunas improvisadas que de allí se traen. Por eso es justicia del cielo lo que nos pasa: el que á hierro mata á hierro muere, como nos pasará ahora con lo de Cuba. ¡Oh liberalismo infernal! Cuántas almas ha llevado al infierno, pues todos estamos condenados á irnos á los infiernos por ser al revés de como eran los antiguos de tiempo de Fernando el Católico. El único rey que hubo en España fué Felipe II que dió la batalla de Lepanto, donde peleó Gonzalo de Córdoba al lado de Cervantes y D. Juan de Austria; Carlos I, otro gran rey, pues no dejó un protestante en Europa para un remedio, y para esto hace Dios á los reyes, para matar impíos si no entran por su razón natural en la religión católica. Hoy tenemos capitanes generales hechos por el robo y el pillaje, peor que los bandoleros mil veces; esas son sus campañas en Cuba y Filipinas: robar de acuerdo con la masonería en Cuba y con el katipunán en Filipinas y matar frailes de acuerdo con ellos: esos son nuestros generales de hoy y esas sus actuales campañas. ¿Cómo serán los pies si esa es la cabeza? ¿Qué es el gobierno? Ladrones de levita robando á los pueblos á pretexto de contribuciones para sus bolsillos y sus compadres las autoridades de todas jerarquías, alcaldes, ayuntamientos, empleados, etc., etc., hasta que España los ahorque á todos, pues á nadie se ha ahorcado aún. ¿Qué ministro se ha ahorcado? A ninguno, y todos han dado pié para ello. No ha habido ni uno honrado en lo que va de siglo; á todos se ha debido ahorcar por haber traído esta nueva catástrofe por si era poca; tales generales y ministros é instituciones actuales de faldas y pañales, mujeres y criaturas, y así seguiremos mientras no se traiga otra cosa. ¿Qué tal? Y el teniente alcalde y autoridades de este pueblo son unos hipócritas y sinvergüenzas. Y vosotras, mozas y solteras que vais con la tripa que os hacen los hombres, á pesar de lo que no rehuís su trato, también lo sois».

Concluyó con la fórmula ordinaria.

¿Sabes tú, párroco de Aldeadávila, quién es ese clérigo desvergonzado?

Si lo sabes dímelo, para encargarte que le des un puntapié en salva sea la parte, ya que por fortuna suya no puedo echarle á presidio por carcunda como se merece y sería mi deseo.

Ese y otros como ese son los que ponen en ridículo y hacen odiosa á la clase á que pertenecen varón tan sabio, tan justo y tan prudente como tú.

## COSILLAS

Ningún periódico que estime en más la honra nacional que los ochavos, debe insertar reclamos ni anuncios de ninguna empresa de los Estados Unidos; ni ningún español contribuir á su sostenimiento sin pasar por traidor.

¡Muera en España todo lo que se relacione con ese país de bandidos!

La sociedad de seguros *La New York* ha ofrecido al gobierno norte-americano diez millones de dollars para la guerra.

Tiene una sucursal en Madrid, Puerta del Sol, núm. 13.

El español que en adelante pague una cuota á esa sociedad, será considerado yankee.

Que no se olviden las señas de esa sucursal, por si acaso: Puerta del Sol, núm. 13.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.